

DIEGO MUÑOZ VALENZUELA

Espectáculo de circo

Aserrucha con ferocidad la tabla del columpio sobre el que está de pie a enorme altura. El público contempla atónito y se apresta a aplaudir.

Titulares

Enano mata a enana por pequeñeces.

Prestidigitador

Es un tipo pequeño, de ojos vivaces, cejas enarcadas, labios finos y maléficos. Un bigotillo hitleriano descansa bajo su nariz puntiaguda. Una mano con dedos delgados y largos, amasijo de serpientes sobre la mesa de felpa verde. Dejo caer un billete en el oscuro boquete del jarrón destinado a recibir los donativos. Me regala su sonrisa malvada y comienza a mover con destreza el ramillete de víboras.

Del bolsillo de mi chaqueta extrae el pañuelo y lo convierte en conejo blanco. Lo introduce en una fuente y la tapa. Mostrando mis llaves, billetera, lapicera –todo lo que portaba– ordena que me saque la chaqueta. Lo hago como autómatas. Reparo que estoy desnudo. El prestidigitador me mira con ojillos pérfidos. Chasquea los dedos y vienen las tinieblas. Oigo una carcajada. Levanta la tapa de la fuente y se hace la luz. Me regala una zanahoria fresca, perfumada, exquisita. Siento felicidad.

Malabarista callejero

El malabarista estaba apostado en aquella esquina donde siempre me atajaba el semáforo, maldita sea. Me resigné a ver con qué jugaba: antorchas, botellas, palitroques, cuchillos. Nada de eso: eran billeteras nuevitas y gruesas. En acto reflejo me llevé la mano al costado izquierdo de la chaqueta. Allí estaba mi alma. Suspiré con alivio. Más bien fue un resoplido de búfalo. Saqué el billete más pequeño: tal vez otro acto reflejo o una forma de agradecimiento, qué sé yo. La naturaleza humana es tan compleja. Bajé la ventana. El tipo tenía traje de arlequín, con antifaz, gorro y todo. Hizo una reverencia para agradecer el donativo. Me sentí de maravillas: generoso, altruista, divino. Alcé el vidrio y aceleré. Diez cuadras después instintivamente volví a tocar el sitio de la billetera: no estaba. Ni allí, ni en otra parte. En su lugar había un billete pequeño.

Circus

Debido a mi juventud, entré en el puesto de enano. Tampoco había otra vacante. Sentí algo de vergüenza, pero para alguien que ha soñado trabajar en un circo, era un comienzo. Por eso acepté, pensando en hacer carrera. El tiempo, como acostumbra a suceder, se hizo cargo de mis aspiraciones. Crecí apenas un par de centímetros y traspuse la barrera de la veintena: la estatura me relegó para siempre a la condición de enano. Podría desarrollar al máximo la veta del humor ridículo, lograr aclamaciones y carcajadas unánimes, mas mi destino estaba sellado.

Experimenté alivio tras envenenar al hombre de fuerza: su rostro contraído por el intenso dolor que antecede a la muerte fue un bálsamo para mí, un alivio transitorio. Unos meses después, el trapecista eximio se desprendió a la máxima altura. El malabarista fue aplastado por uno de los pilares de acero de la carpa. El mago fue mordido por una cobra. Al domador lo devoraron sus leones.

Cuando llegó el turno de la mujer barbuda, mi mano con la navaja tembló en el último instante. Un repentino amor se apoderó de mí y también de ella. Huimos del circo y de la huella de mis crímenes.

Recorremos el mundo, fugitivos, de la mano, refugiados en nuestro idilio, trabajando en cualquier cosa. Guardamos la navaja como recuerdo; ella la usa para rasurarse cada mañana. Se mira en el espejo y sonrío. No cabe duda que es una sentimental.

Problemas con el faquir

Se atravesó uno de aquellos filosos palillos metálicos por la nariz y no sangró. Después hizo cruzar otro desde la mejilla derecha hasta la comisura izquierda. Se perforó el cuello a la altura de la yugular y nada. Ni una gota de sangre. Con el cuarto cruzó el tabique nasal y luego una parte de la ceja y la frente. De una oreja hacia la otra empujó el quinto. Y vino una secuencia terrible e inexorable: el abdomen, los muslos, los antebrazos, las manos, las pantorrillas, del pecho a la espalda, el cuero cabelludo, la planta de los pies, el escroto.

Llegó el momento en que no había más lugar para clavar nada. Sólo podía ver sus ojos enormes y tristes mirándome fijamente, flagelando mi incredulidad. Caí de rodillas, le rogué con sollozos, renequé de mi rechazo al misticismo. No tuvo piedad.

Experiencias circenses

Tenían un aspecto muy chistoso, maquillados como payasos, con gorritas de goma y vestidos con esos trajes de baño de rayas horizontales rojas y negras y piernas largas. Sonrieron y me hicieron una reverencia. Entonces observé que eran musculosos, de enormes bíceps y manos de boxeador. Ya era demasiado tarde, estaban encima. Me dieron una paliza tremenda. Por suerte pronto perdí el conocimiento. Por más que grité, nadie acudió en mi ayuda. Se reían como enajenados mientras me aforraban. Aullaban con voces grotescas. Debe haberles parecido otra función del circo donde trabajaban. Nunca más me las daré de galán con una trapecista. Soy de aquellos que aprenden las lecciones que nos ofrece la vida.